

se más de una vez: aquella en que se introdujeron quedando como ejemplo de mal gusto o de oposición a las leyes del idioma. Tomemos del griego la elegancia y la armonía; del latín la concisa claridad.

¡Latín y griego! lenguas que conquistaron el mundo, no tanto con el esfuerzo de las armas sino por el atractivo universal y eterno de la belleza y del genio, que guían los pasos de la civilización con el resplandor de su llama inextinguible; latín y griego; en esos idiomas se forjaron guiones y normas insuperables; en griego cantó el ciego inmortal la cólera de Aquiles, las guerras de Ilión, las andanzas de Ulises; y en latín nos narró el altísimo poeta las desventuras de Dido, los hechos de Eneas, la destrucción de Troya; en latín y en griego nos dejaron Safo y Catulo, Anacreonte y Propercio, Píndaro y Horacio, Teócrito y Ovidio sus arrebatos líricos; su teatro Esquilo y Plauto, Sófocles y Terencio; sus epigramas Meleagro y Marcial; su historia Heródoto y César, Tucídides y Salustio, Jenofonte y Tito Livio, Plutarco y Tácito; sus obras didácticas Platón y Séneca, Aristóteles y Quintiliano; sus oraciones Demóstenes y Cicerón; sus fábulas Esopo y Fedro; sus sátiras Arquíloco y Juvenal; sus apologías Orígenes y Lactancio; sus homilías el Crisóstomo y san Ambrosio; sus tratados teológicos san Atanasio y san Basilio, san Agustín y san Jerónimo; sus polémicas Gregorio Nacianceno y san Hilario; tres de los Evangelios fueron escritos en griego, bajo la revelación y el auxilio del Espíritu Santo, lo mismo que los *Hechos de los apóstoles* y las *Epístolas*; tal fue la lengua escogida para transmitir al orbe las enseñanzas de la nueva ley, fuente de renovación y de consuelo; en latín se ruega a Dios en las solemnidades litúrgicas y en la administración de los sacramentos; en ese idioma se nos inicia en la vida cristiana y se consagra la hostia de paz que borra los pecados del hombre; en esa lengua se perdonan nuestras culpas y se abren a nuestra alma, al alejarnos de este mundo, a la voz del ministro de Dios que implora para ella el descanso definitivo, los abismos de la verdad y la belleza interminada.

*
* *

Señores académicos: con bondadoso afecto me habéis introducido en vuestra casa, y sé agradeceréoslo; listo me tenéis ya para ayudaros en cuanto pueda, como el más atento y cariñoso de los discípulos.

RESPUESTA A JOSÉ J. ORTEGA T.

POR LAUREANO GARCÍA ORTIZ

La Academia Colombiana de la Lengua recibe en su seno con especial y cariñosa complacencia al reverendo padre José Joaquín Ortega, nuestro compatriota de la orden salesiana, y lo eligió su miembro de número por sus capacidades y talentos, por su saber con-

sagrado y erudito, por su amor a las letras humanas en general y a la literatura colombiana en particular.

Si a nuestro lamentado, inteligente y caballeroso colega don Alfonso Robledo le hubiera tocado elegir su sucesor en esta corporación, sin duda habría elegido con particular agrado y acierto al joven y meritorio sacerdote que fue su amigo, y que viene en este día a ocupar el sillón que honró con lucimiento aquel hijo ilustre de Manizales y adoptivo de Bogotá.

La espléndida oración que acabáis de oír, si otros títulos no tuviera, acreditaría a su autor como merecedor de nuestros sufragios por la extensión de sus conocimientos, por su segura y sólida información, por su acertado criterio y por su estilo castigado y correctísimo.

Pero su fecunda enseñanza de los niños, materia prima que plasma y labora en bien de Colombia la benemérita orden a que pertenece nuestro recipiendario; la acertada e interesante orientación que ha sabido darle a la revista *Don Bosco*, órgano de publicidad de esa orden en Bogotá; algunos sermones, discursos y panegíricos de elevado pensamiento y elegante forma; su *Antología española*, que acaba de aparecer y que es una contribución muy valiosa en pro de la cultura de nuestra juventud, que encontrará en ella y en la relativa corta extensión que permiten los libros de su clase cuanto más vale en el tesoro de la literatura española, colegido con criterio muy seguro y con el mejor gusto, y que será un libro que en las bibliotecas vendrá a acompañar y completar al del gran Quintana; el primer volumen, que se lee con vivísimo interés humano y colombiano, de la indispensable y muy esperada historia de *La obra salesiana en los lazaretos*, y su bienvenida, sustanciosa y utilísima *Historia de la literatura colombiana*, constituyen un noble bagaje para el ingreso del virtuoso sacerdote en la ilustre Academia que honró la sotana de monseñor Rafael María Carrasquilla.

De bienvenida, sustanciosa y utilísima, acabo de calificar la *Historia de la literatura colombiana*, a cuyo autor estamos recibiendo para incorporarlo en nuestra compañía, y debo ratificarme en tales calificativos.

Bienvenida, porque después del meritísimo trabajo de José María Vergara y Vergara sobre nuestra primitiva literatura colonial y la del albor de nuestra nacionalidad independiente, y en espera de la definitiva, consagrada y gloriosa que está preparando nuestro insigne secretario perpetuo, don Antonio Gómez Restrepo, de la cual conocemos ya una excelente muestra (1), el trabajo del reverendo padre Ortega (del cual hay ya dos copiosas ediciones, la última en gran formato y 1.214 páginas), vino a llenar una necesidad nacional y una urgente exigencia de las nuevas generaciones. El país necesitaba de una síntesis escrita de su vida espiritual, en la cual pudiera reconocerse y contemplarse como en un espejo, y la juventud colom-

(1) Al reimprimirse este discurso, han salido ya los cuatro primeros tomos de esta obra. (Nota de la Academia.)

biana exigía que se le dijera quiénes en nuestra historia habían encarnado o revelado el alma nacional, a qué personalidades corresponderían ciertos nombres que oía citar con admiración imprecisa y vaga. A esa necesidad y a esa exigencia solamente vino a dar satisfacción la *Historia de la literatura colombiana* de nuestro eminente y nuevo colega, pues algunos de los ensayos anteriores, cuando no fueron simples listas desordenadas de nombres y fechas, por incompletos, por inexactos, por carencia de un plan racional y del sentido de las proporciones, y por falta de criterio y de buen gusto, dieron una idea o reflejaron una imagen de nuestra literatura, insignificante cuando no déforme.

Quizá tales simples recogedores de noticias sobre nuestras letras, no se dieron cuenta que la literatura de una raza o de una nación, si es que realmente existe, no puede representarse sólo en una lista o un catálogo, siendo un organismo vivo, hijo del espíritu de esa raza o de esa nación, que obedece a la lógica de su origen y de su desarrollo, que define, ayuda y perfecciona la misión de esa raza y contribuye al cumplimiento de su destino.

Sin que el padre Ortega trate presuntuosamente de establecer y determinar ese ente espiritual colectivo, su obra nos hace sentir que la literatura colombiana, si bien ha recibido obligadamente influencias extrañas de diverso origen, tiene ya un sedimento castizo propio que la caracteriza y distingue de otras, no sólo por modalidades idiomáticas, sino por rasgos de una sicología original.

Una obra de tanta importancia como ésta es susceptible de mejora y ensanche en cada nueva edición, por rectificaciones de detalle, por mayor acopio de noticias, por llenar omisiones explicables e inevitables; pero con ella, tal como es, Colombia alcanzó una de sus mejores adquisiciones, y el padre Ortega se hizo acreedor por ello a la gratitud nacional.

Y no hablaré más de la persona y de la obra tan interesante de nuestro nuevo colega, porque los religiosos regulares no gustan de ordinario que sus personas ocupen la atención pública; prefieren desaparecer y ocultarse entre la comunidad que integran. Esto sin duda debido a que en ellos la honra y gloria de la comunidad prima sobre la consideración del propio individuo; ello es seguramente lo que se llama espíritu de cuerpo. Así debe ser, porque aunque en el meritísimo clero secular se encuentran numerosas y excelsas humildades evangélicas, sin duda por carecer de un cuerpo colectivo tras el cual puedan abrigar su modestia, aparecen personalidades exuberantes y desbordantes, bastante fervorosas en el culto del propio yo, y no reñidas con el mundano reclamo; lo que en manera alguna es un cargo, sino un simple reconocimiento de la humana naturaleza, que no siempre la gracia de estado alcanza a dominar.

Si el reverendo padre Ortega ha sido llamado a la Academia de la Lengua, con entera espontaneidad, sólo por sus dotes personales y por sus servicios a la cultura de Colombia, no por eso debo callar que esa corporación ha mirado con especial complacencia la oca-

sión de rendir en él un homenaje de simpatía admirativa a la venerable y benemérita orden salesiana.

*
* *

Las grandes e históricas comunidades religiosas (y se le perdonará a un profano que se atreva a hablar de cosas tan extrañas a él) fuera de su misión genérica de laborar en el campo de Cristo, en armonía con todas las instituciones cristianas, tiene cada una de ellas una misión particular y específica que determinó su fundación.

Es así como en el siglo vi de la era cristiana, la fuerte y al parecer perenne estructura del imperio romano, que durante siglos había perdurado dominando y civilizando el mundo de entonces conocido, ya en plena decadencia, como toda institución meramente humana que ha vivido mucho, profundamente agrietada se derrumbaba con estruendo ante las acometidas del mundo bárbaro. Los últimos defensores que le restaban al imperio eran tan bárbaros como sus acometedores. Odoacro no valía más que Alarico o Atila. El cristianismo, única esperanza de reacción, que traía en su seno la regeneración del mundo, dominaba ya muchas almas, pero todavía no las masas, las colectividades, las instituciones. En ese mundo revuelto, ya sin normas y sin convicciones, todas las pasiones, los apetitos y los vicios se desencadenaron como tremenda avalancha. Un joven angélico, llamado Benito, en el retiro y en la meditación, soñó crear refugios contra la tormenta para las almas cristianas, que en tales remansos se fortificaran, se prepararan y se santificaran para ser la sal de la tierra. Ese sueño concebido en la cueva de Subiaco, vino a realizarse en el monte Casino, más tarde en la abadía de Solesmes, en la de Cluny y en otros sitios venturosos. Esos hogares benedictinos, durante catorce siglos, han continuado siendo refugio de nobles almas dedicadas al trabajo, al estudio, a la ciencia, al arte y a la piedad. Las ciencias y las letras de la antigüedad encontraron allí también su refugio en la noche bárbara. Los tesoros espirituales de las edades clásicas se habrían perdido sin la diligencia y la hospitalidad benedictina. El más anticristiano de los escritores modernos, el incomparable artista de la prosa, Anatole France, más sutilmente anticristiano que Voltaire, experimentó siempre, y lo deja ver en varios de sus libros, una atracción, una fascinación invencible por la obra benedictina. Cuando la paz huya del mundo, por causa de los novísimos bárbaros totalitarios y soviéticos, allí encontrará su único asilo.

Es así como seis siglos después, en plena Edad Media, el feudalismo fue una fórmula sociológica de transición para pasar del mundo bárbaro a la creación de las nacionalidades; fórmula sociológica necesaria e inevitable durante esos siglos de transformación, y fundada en la jerarquía y en la subordinación, pero que creaba antagonismos de intereses y ambiciones irreductibles. No era el caso, que vino después, de las grandes guerras que llegaban a su término natural para volver a comenzar ciertamente, pero con treguas; guerras en que se entrecuchaban poderosos imperios: la Germania total contra la Galia entera,

la Inglaterra unida contra la Francia compacta, el emperador Carlos v contra el rey Francisco i. Tal no era el caso de la Edad Media, en la cual no se habían definido las grandes monarquías, que se consolidaron luego formando naciones independientes y soberanas. El régimen feudal era la guerra perpetua, permanente pero diseminada, entre las innumerables células feudales en que estaba repartida toda Europa; y tal guerra era más temible y odiosa que las guerras generales, porque hacía más inmediato el contacto entre los enemigos, más hirientes e implacables los personales motivos, más criminales en sus métodos y más feroces en sus procedimientos. Especialmente Italia era invivible, a pesar de mayor refinamiento de vida y de la presencia del Pontificado, que en cierto aspecto y en cierta medida, como entidad temporal, no era sino una de tantas células o eslabones del feudalismo. Italia era el reino de la fiera humana desencadenada.

Allí, en la provincia de la Umbría, en el siglo xii, apareció un joven maravilloso por el pensamiento y por el sentimiento, que alcanzó a conocer la vida, abundante y libre, en sus males, en sus azares y en sus placeres, para aprender a corregirla, a aliviarla y a curarla. En medio de la guerra, del crimen y de la matanza, que tan sólo iban tras de la riqueza, de los gozes y del vicio, apareció como un lirio blanco, a predicar la pureza, la pobreza y la caridad, sobre todo la caridad, como solución única de tantos males. Ese joven no fue otro que Francisco de Asís. Un hombre a quien, amando a todos los otros hombres como a sí mismo, le sobraba amor para su hermana el agua, para sus hermanas las flores, para sus hermanos los insectos, las aves y los lobos. Se ha dicho de él que es la persona humana que más se asemeja a la divina de Jesucristo. Para el desarrollo y perpetuación de su concepto sobre la vida y el mundo, para sacarle al amor, a la caridad todos sus frutos, fundó la orden franciscana. Ella dirá si siempre ha llenado su misión.

Es así como santo Domingo de Guzmán, en el mismo siglo xii, creó la orden que lleva su nombre y también el de Predicadores, para defender la fe por medio de la predicación contra temibles sectas heréticas, entre otras la de los albigenses, que se suscitaron entonces violentas, especialmente en el mediodía de Francia, con el sostén y apoyo de poderosos príncipes. Defensores de la fe fueron siempre los dominicanos, en diversos campos, y especialmente en la teología y en la filosofía le dieron al mundo con santo Tomás de Aquino una de las fuerzas espirituales más poderosas que la humanidad haya conocido. Lástima grande que la orden de santo Domingo haya tomado parte tan considerable en el grave error de la Inquisición, obra principalmente de los monarcas españoles, más de carácter político que religioso, y fruto del atraso de los tiempos; pero muestra patente del daño que siempre sufre la Iglesia cuando se ha dejado vincular a los poderes políticos de la tierra, cuando ha aparecido ante todo el mundo identificada o estrechamente unida con regímenes o partidos que hoy son y mañana no parecen, y que en su inevitable caducidad son motivo de desprestigio para una causa que es eterna.

Es así como al comienzo del siglo XIX, en pleno Renacimiento, reinando ya el humanismo clásico, cuando se imprimían los libros que ahora se llaman *incunables*, como aparecidos dentro del primer siglo de la imprenta, acabándose de descubrir la América y vivos aún Isabel la Católica y Cristóbal Colón, se oscurece el cielo de Europa con las negras nubes precursoras de la tempestad que estalla en Alemania y abre la era de la reforma protestante, con el pretexto de remediar los abusos de la Iglesia católica, abusos que la misma Iglesia había reconocido, enumerado, definido y lamentado, y cuyo remedio habían emprendido con vigor, eficacia y prudencia extraordinarios, grandes pontifices, entre otros Nicolás V, por medio especialmente del incomparable cardenal alemán Nicolás de Cusa. Desgraciadamente, el clero católico del imperio germánico no mostró la comprensión y el desprendimiento necesarios para llevar a cabo las reformas saludables que Roma quería imponer; y la serie de virtuosos y hábiles papas que eso se habían propuesto, fue interrumpida por el funesto pontificado de los Borgias, españoles por desventura.

La reforma protestante surgió avasalladora y desbordante con Lutero y Calvino, y amenazó extenderse por todo el orbe católico. Un soldado caballero, nacido en tierra vasca, Iñigo o Ignacio de Loyola, se sintió llamado a forjar el arma propia y necesaria para contener ese nuevo diluvio, también de apariencia universal, y tal arma fue la Compañía de Jesús por él concebida y por él constituida. Sus miras fueron mantener la unidad y la autoridad de la Iglesia católica y la reforma de las costumbres del clero. Sus métodos y procedimientos fueron la unidad de acción, la rigurosa disciplina, la firmeza y claridad del propósito, la audaz aventura al propio tiempo que la cautelosa prudencia, la incesante vigilancia, que el ascetismo no llegue a perturbar la acción, que la devoción y la penitencia no lleguen a paralizar las fuerzas físicas y morales, y todo ello dentro de sobrehumana pureza de costumbres. Un hijo de san Ignacio, al escuchar esta enumeración profana e incompleta, dírame: "Podría ahorrarse tanta palabra vana y decir simplemente que todo lo hacemos tan sólo por la mayor gloria de Dios."

En un libro alemán, bastante reciente, sobre los jesuitas, encontré un paralelo entre san Ignacio y Lenin. Asimilación tan extravagante y arbitraria prodújome un movimiento brusco de incontentable antipatía. Empero, cada vez que trato de estudiar y comprender a san Ignacio de Loyola, me viene involuntariamente a la memoria la imagen de Napoleón. Pido a los oídos muy susceptibles alguna tregua mientras hago una explicación.

En san Ignacio encuentro algo de lo que he encontrado en el formidable emperador: la misma acerada voluntad, la misma persistencia de propósito, la misma meditada pero rápida resolución, la misma preocupación del fin único, el mismo acertado acomodo de los medios al fin, el mismo don de mando y de organización, la misma habilísima táctica, la misma infalible estrategia.

Es así; lo que no pudo lograr Carlos V con todo su poder de amo del mundo, lo alcanzó Ignacio de Loyola: señalarle límites a la inva-

sión protestante: "de aquí no pasarás", como le dijo la naturaleza a los mares. Y salvó de esa invasión a España, Portugal, Francia, Bélgica, Austria, Polonia, Italia y la América Latina, fuera de los valiosos capitales espirituales que la religión católica ha conservado y aumentado en el corazón mismo de los países protestantes.

Lo cierto es que san Ignacio de Loyola fue ante todo un hombre de acción, sin que ello le quite ni le disminuya sus características de santo. Al contrario, ello las acentúa, las releva y las dignifica. Hombre de acción también, y de mucha e intensa acción, fue san Pablo, la segunda figura del cristianismo después de Jesús. Por ahí dije alguna vez: "Algunas personas piadosas le prestan a la santidad un aspecto blando y dulzarrón", aspecto que tanto san Pablo como san Ignacio habrían abominado.

La Compañía de Jesús, en el espacio y en el tiempo, es la misma en su doctrina y en sus métodos; pero como todos los organismos de vitalidad poderosa, puede y sabe adaptarse en sus modalidades a las circunstancias y al medio ambiente. Aquí mismo, en esta Colombia, hemos podido comprobarlo. En su última etapa de vida colombiana, vinieron a restablecerla e instalarla piadosos varones españoles que no conocían nuestra naturaleza, ni nuestra índole, ni nuestra historia. Traían de su tierra, de su provincia propia, sus ideas, sus conceptos, sus simpatías: principios monárquicos, temperamento carlista, intolerancia española. No tomaban a lo serio nuestra república: Bolívar para ellos era un insurgente libertino, Santander un hombre de malas ideas, Camacho Roldán un escritor abominable, y *María* de Jorge Isaacs una novela sensual y pecaminosa. Era de creer que la vieja España de Fernando VII pretendía reconquistarnos. Las gentes colombianas que los recibieron, que pretendían ser más jesuitas que san Ignacio y más católicas que el Papa, encargadas de encaminarlos, de orientarlos, faltas de comprensión, carentes de colombianismo, en vez de ilustrarlos los extraviaron. Pero de esos padres españoles algo bueno nos quedó; entre otros, una hormiga de actividad fecunda, sorprendente, que crea abrigos, asilos y previsiones para obreros, como cosa de milagro, en el campo del amor, y un sabio que mora en las alturas y explora nuestro cielo sideral. La vitalidad de la Compañía, ayudada por el curso natural de las cosas, fue trayendo la luz y el acomodo. Hijos de Loyola, formados por esos mismos varones piadosos, pero de nacimiento y alma colombianos, en quienes aparecieron capacidades y virtudes excepcionales, fueron cobrando el ascendiente que les era debido y las posiciones que les correspondían, y hoy esta Compañía de Jesús, que en Colombia no ha dejado de ser la Compañía de Jesús universal, por no decir internacional, en su acción y modalidad colombianas es un órgano de la vida nacional, carne de la carne y hueso de los huesos del país. Sea ello para gloria de Dios y bien de Colombia.

*
* *

Hago notar que los sublimes fundadores, Benito, Francisco, Domingo e Ignacio, de esas cuatro órdenes monásticas a que he aludido

con notoria incompetencia y superficialidad, aún el último en orden cronológico; revisten ante nuestros ojos, por su alejamiento en el tiempo, cierta nebulosidad legendaria, con resplandores de aureola y hábitos de perfume sagrado. Pero voy a nombrar uno nuevo y reciente que esta generación contempló en carne y hueso, creador de una orden nueva de fecundidad milagrosa, testimonio patente de la vitalidad perenne y renovadora del cristianismo, y que hoy hállase ensalzado en los altares con el nombre de san Juan Bosco, de simpatía avasalladora.

En efecto, quien habla, desde hace más de treinta años vive al frente del antiguo convento e iglesia del Carmen, convertido todo ello hoy en magníficas construcciones modernas, una manzana entera, activa como una colmena, donde opera el principal personal de la orden salesiana en este país. Allí encontró quien habla amigos que conocieron, trataron y amaron a don Bosco, fundador de esa orden. Esos amigos míos, y amigos muy caros también del general Rafael Uribe Uribe y del doctor José María Lombana Barreneche, jefes preclaros del partido liberal de Colombia, que se llamaban los reverendos padres Aime, Rabagliati, Unia, Crippa y Arato, fueron discípulos directos e inmediatos de don Bosco, sus evangelistas, pudiéramos decir. Algunos de ellos vinieron a Colombia en 1890, y don Bosco apenas había muerto dos años antes, en 1888. Acababan pues de dejarlo; traían de él no el recuerdo sino la impresión próxima, fresca, de su persona, y en sus oídos resonaba aún el eco de su voz. Al haber uno conocido y tratado de cerca a esos venerables varones, de sencillez evangélica y de veracidad visible, no es posible poner en duda su testimonio acorde sobre los fundamentos de su fe en las obras de don Bosco, sobre todo cuando se iban a encerrar en un lazareto a aliviar a centenares de leprosos, sin sueldo ninguno y sin cercana ni remota recompensa terrena. Habiendo visto y oído todo aquello, ¡cómo cobran de certidumbre en nuestro criterio los simples e inmortales relatos evangélicos, confirmados luego por el martirio de los apóstoles y de los que creyeron en los apóstoles!

Ya vimos a qué necesidades históricas, en cada caso, debióse la fundación de las grandes órdenes cristianas. ¿Qué circunstancias presidieron al surgimiento de la obra de don Bosco, no ya en tiempos remotos y legendarios, no ya a la caída del imperio romano, ni en plena Edad Media, ni en el Renacimiento, sino hace apenas 70 años, en la segunda mitad del siglo XIX?

El progreso, la civilización, la riqueza, la paz relativa, la afirmación de las nacionalidades, el equilibrio europeo, todo eso alcanzado en esas postrimerías del siglo que nos vio nacer, elevó la instrucción y el nivel de vida de las gentes ricas o medianamente acomodadas, hasta donde no se había visto nunca. Pero la diferencia entre las clases que gozaban de ello y las clases desheredadas y pobres, a pesar de las organizaciones políticas democráticas, se hizo más notoria y más hiriente, al propio tiempo que las necesidades, las aspiraciones y las pretensiones de los proletarios y obreros, más conscientes, más exigentes y más justificadas, hacía aparecer el conflicto social como apre-

miante e inaplazable, a menos de graves y peligrosas conmociones. Las ideas liberales predominantes eran favorables a las reivindicaciones populares, lo mismo que el sagaz y comprensivo pontificado de León XIII, y se adelantaba en ellas con eficacia pero con prudencia; mas los elementos extremos y violentos, movidos por agitadores profesionales, las querían inmediatas y radicales, alcanzadas por medios vindicativos, de fuerza y exterminio. Don Bosco quiso apoderarse de las almas de los niños pobres; formarlas para la libertad cristiana; sugerirles el concepto de la verdadera dignidad humana; alejarlas de la violencia por las vías del amor; alejarlas de la ociosidad y del vicio; darles instrucción sana, práctica, moderna; abrirlas, por medio de la enseñanza de un oficio ennoblecedor y redentor, las fuentes del trabajo reproductivo y del bienestar para sus hogares. La increíble extensión de la obra salesiana en el mundo, sus frutos cada día más visibles, demuestran que fue labor que se hizo a su tiempo con las bendiciones de la Providencia.

Creo que en Colombia, y sólo en Colombia, surgió en la comunidad de don Bosco la inspiración heroica de agregar a la misión docente y educadora para que fue creada, la del cuidado y alivio, directos e inmediatos, de los leprosos. Jesús se ocupó varias veces de ellos, y está bien que una institución evangélica en espíritu y en práctica, acudiera en auxilio de tamaña desgracia, que fijó la mirada solícita y clemente del Cristo. Así han hecho ver los hijos de don Bosco, ante las miradas desconfiadas y recelosas de las masas de donde toma sus educandos, que no es el lucro y el deseo de predominio lo que ellos buscan, sino la cristiana abnegación, el incondicional sacrificio ante el dolor humano.

Por ahí, ocasionalmente, al borde de la tumba del padre Aime, relaté lo que fueron mis relaciones y mis conversaciones con ese varón excepcional, mi vecino y mi amigo; conté cómo sucedí en su cariño al que él abrigó por el general Uribe Uribe y por el doctor Lombana Barreneche, y definí su concepto y su posición con respecto a la política colombiana, que no eran otros en el fondo que los de don Bosco en relación con la política italiana. Creo conveniente y oportuno, en esta ocasión solemne y significativa, refrescar esos conceptos, nunca estériles, y siempre cristianos y patrióticos.

Así pensaba y decía el padre Aime: "Yo, aquí en Colombia, no veo liberales ni conservadores: sólo veo por todas partes hijos de Jesucristo, a quienes amo y deseo servir. Mi vocación es la de unir los unos a los otros, no la de separarlos. Con el sólo hecho de afiliarme a los unos, me alejo de los otros, y por ello se dificulta, cuando no se imposibilita, mi misión de paz y concordia. Si los políticos quieren pelear a todo trance, que lo hagan; pero yo no puedo poner a Nuestro Señor en un lado a que reciba los golpes del otro, cuando él está, y debe estarlo siempre, por encima de todos. Mi único empeño es el predicar con la palabra y con el ejemplo la doctrina de Jesucristo, que es caridad, y ella va haciendo su camino. Lo demás dejárselo a Dios, que él sabrá cómo lo arregla. Yo no soy tirio ni troyano: soy tan sólo un pobre sacerdote salesiano, que tiene por obligación gené-

rica todas las del cristiano, y por deber específico dar educación cristiana y trabajo útil a los niños, en especial a los pobres hijos del pueblo, y alivio a los leprosos. Yo soy del partido de Dios.”

Así hablaba el padre Aime y así conquistaba el respeto y el amor de las gentes. No era posible que de una comunidad así inspirada y así regida, salieran voces de irrespeto a las autoridades de la república ni de agresión contra el sentimiento nacional. Antes de venir a Colombia, el padre Aime llenó una misión en España, y allí mostró sus extraordinarias virtudes y talentos, hasta el punto de que Blasco Ibáñez, que muy lejos estuvo de ser un clerical, llegó a decir que, si el padre Aime hubiera estado en Barcelona, no habrían ocurrido *las semanas sangrientas*. El mismo día de su muerte, cuando la asfixia agónica interrumpía sus palabras, cogiéndome la mano, aquel apóstol, preocupado siempre y hasta en ese momento del bien de su patria adoptiva, recomendóme: “No deje de trabajar, doctor, por conseguir para esa región benemérita del norte de Santander, una vía que la libre de los pesados tributos extranjeros que pesan sobre ella.”

*

* *

Rindiendo un homenaje de respeto y afecto a la santa casa a que con alma y corazón pertenece nuestro nuevo y bienvenido colega, creo haber interpretado fielmente el sentimiento y el deseo de todos y de cada uno de los miembros de la Academia Colombiana, y complacido más y mejor el alto espíritu, indiferente y esquivo a las satisfacciones de la vanidad, a los elogios de encargo y a los panegíricos de fórmula, del meritorio hijo de don Bosco que desde este instante es nuestro compañero y colaborador en discretas y nobles tareas.